ALARCÓN

Sin lugar a dudas nos encontramos ante uno de los mejores conjuntos históricos y artísticos de la provincia de Cuenca. En Alarcón el paisaje se entremezcla con el sabor añejo de la tradición, la muralla natural formada por el río Júcar a lo largo de los siglos "rivaliza" con la construida por la mano del hombre y lo mismo se puede decir de la atalaya donde se ancla el pueblo, ya que parece mantener una antigua lucha por alcanzar más altura que el castillo que sobre ella se asienta.

Ubicado a medio camino de la carretera que une Madrid con Valencia (N-III), para acceder a él desde la capital conquense se ha de recorrer poco más de 85 km. En un principio tomaremos la carretera N-320 en dirección sur (la cual comunica con la vecina Albacete). Durante todo este trayecto se atraviesa la conocida como Manchuela Conquense, tierra que alterna los amplios campos de cultivo con los frondosos bosques, generalmente de pinos. En

Panorámica del castillo y su entorno

este camino, atravesamos el pueblo de Almodóvar del Pinar, en dirección Motilla del Palancar. En este último pueblo cogeremos la N-III, hacia Madrid. Desde aquí nos separan 14 km de nuestro destino.

Habitado desde tiempos íberos y romanos, Alarcón, empieza a tomar importancia a partir de la dominación árabe del territorio, dependiente de la taifa de Toledo. Ya en el año 780, Muhamed el Fehri, hijo del reyezuelo de Toledo, fingiéndose ciego se refugió en la zona. Algo similar ocurrió con Abderramán y posteriormente con Omar Ibn Hafsun (887), verdadero azote de los emires cordobeses, que desde este baluarte realizó varias incursiones en el citado reino.

Aunque Alfonso VI logró conquistarla en 1085, poco después, tras la batalla de Zalaca (1086), Alarcón regresó a manos árabes. Finalmente, tras la conquista de Cuenca (1177), Alfonso VIII emprendió la ocupación de Alarcón. No hay que olvidar que Alarcón era un importante baluarte y punto de apoyo para la comunicación con Valencia. Tras nueve meses de asedio, en 1184, el caballero extremeño Hernán Martínez de Cevallos consiguió apoderarse de la fortaleza. Dicho caballero recibió como premio, de manos del monarca español, la alcaldía de la fortaleza y el cambio de su segundo apellido por el de Alarcón. Así lo atestigua el texto del arzobispo don Rodrigo Jiménez de Rada: "Tomó Alarcón, enclavado entre rocas, reforzó las defensas de la plaza, lo dotó de muchas aldeas para que prosperasen allí los creyentes, erigió fortalezas en su defensa (…) repobló, entre los lugares desiertos, los que le parecieron mejores, y protegió a los habitantes en su camino". Dicha repoblación se llevó a cabo por gentes venidas de Extremadura.

En octubre de 1194 la mitad de los derechos de portazgo de Alarcón recayó en los caballeros de la Orden de Santiago por donación de Alfonso VIII. Entre las novedades de esta época cabe destacar la construcción por medio de los caballeros de un hospital de peregrinos para la recuperación de cautivos.

En 1211, Alfonso VIII trasladó la corte a Alarcón, y desde aquí se diseñó la decisiva batalla contra los almohades, que tuvo lugar en las Navas de Tolosa. Tras la batalla, y gracias al arrojo de los habitantes de esta villa, el rey la entregó a sus propios pobladores. Así, don Álvaro Núñez de Lara fue su primer señor. Posteriormente, Alfonso X le concedió el fuero de Cuenca (1256). Ya en 1305 aparece una de las principales figuras que ha tenido el pueblo, don Juan Manuel. Tío de Fernando IV, don Juan Manuel adquirió la villa como compensación de la pérdida de Elche y aquí escribió algunas de sus mejores páginas.

En palabras de Miguel Salas Parrilla, "durante toda la Edad Media, los concejos y linajes de Alarcón tuvieron una importante actividad, como lo demuestran sus cinco templos y sus 12.000 vecinos. Ello, unido a su privilegiada situación estratégica, dio lugar a que su posesión fuera apetecida por los más distinguidos nobles de las cortes castellana y aragonesa: don Juan Manuel, el infante don Alfonso de Aragón o don Juan Pacheco". En 1445, Juan Pacheco (marqués de Villena) accedió al control de la villa como donación de Enrique IV.

Ya durante la guerra civil entre los Reyes Católicos y los partidarios de la Beltraneja (1475-1480), Alarcón permaneció fiel a esta última, lo que sin lugar a dudas sería el comienzo de su decadencia, aunque finalmente, rendido el marqués de Villena, Alarcón quedó en poder de los reyes.

Así, en los siguientes siglos Alarcón desaparece de las crónicas más importantes de la época, hasta llegar la primera guerra carlista (1833-1840), donde se cita que el castillo y las murallas fueron restaurados y se habilitó como hospital la Iglesia de Santo Domingo de Silos.

Finalmente, se puede decir que Alarcón ha sabido envejecer perfectamente y adaptarse a los nuevos tiempos; así, su antiguo castillo se convirtió en el actual parador de turismo, y aquella tierra que en sus tiempos de apogeo contó con cinco iglesias, hoy en día conserva cuatro de ellas y la quinta ha sido transformada en sede de congresos y exposiciones. Por todo ello Alarcón está declarado Conjunto Histórico-Artístico, bajo la protección de la Declaración

Puerta de acceso al recinto del castillo

Torre de Cañavate

genérica del Decreto de 22 de abril de 1949, y la Ley 16/1985 sobre el Patrimonio Histórico Español.

Aunque Alarcón esconde en su interior una importante colección de monumentos, lo que primero llama la atención al visitante es su impresionante castillo y las murallas que lo acompañan. De hecho, es imposible llegar al pueblo si no es atravesando las tres puertas fortificadas de dicha estructura defensiva. La primera de ella es la "puerta del Campo", que cuenta con una elevada torre poligonal como cumbre del cerrillo donde se encuentra. Siguiendo por la carretera, hallamos la "puerta de Enmedio", con una nueva torre acompañada de un pequeño arco. Por último, ya en las inmediaciones del pueblo y justo a los pies del fuerte, se localiza la "puerta del Bodegón". Finalmente, a mano derecha de la carretera nos espera el castillo, pieza fundamental de la defensa de la zona. La fortificación actual tiene más del siglo XV que de sus diferentes épocas constructivas anteriores. Éste tiene planta irregular que tiende hacia triangular. Desde las puertas señaladas da la impresión de ser la proa de un navío petrificado, mientras que hacia el pueblo se levanta la gran torre del homenaje.

Una vez dentro del pueblo, cuatro son las principales calles que recorren el trazado urbano (todas en dirección Este-Oeste) y en casi todas ellas se puede hallar una impresionante iglesia, que, durante siglos, han sabido aguantar tanto los asedios en las guerras como el paso del tiempo. Todas son de gran valor artístico, pero aquí nos centraremos en las que mantienen restos románicos.

Texto: IACG - Fotos: JNG

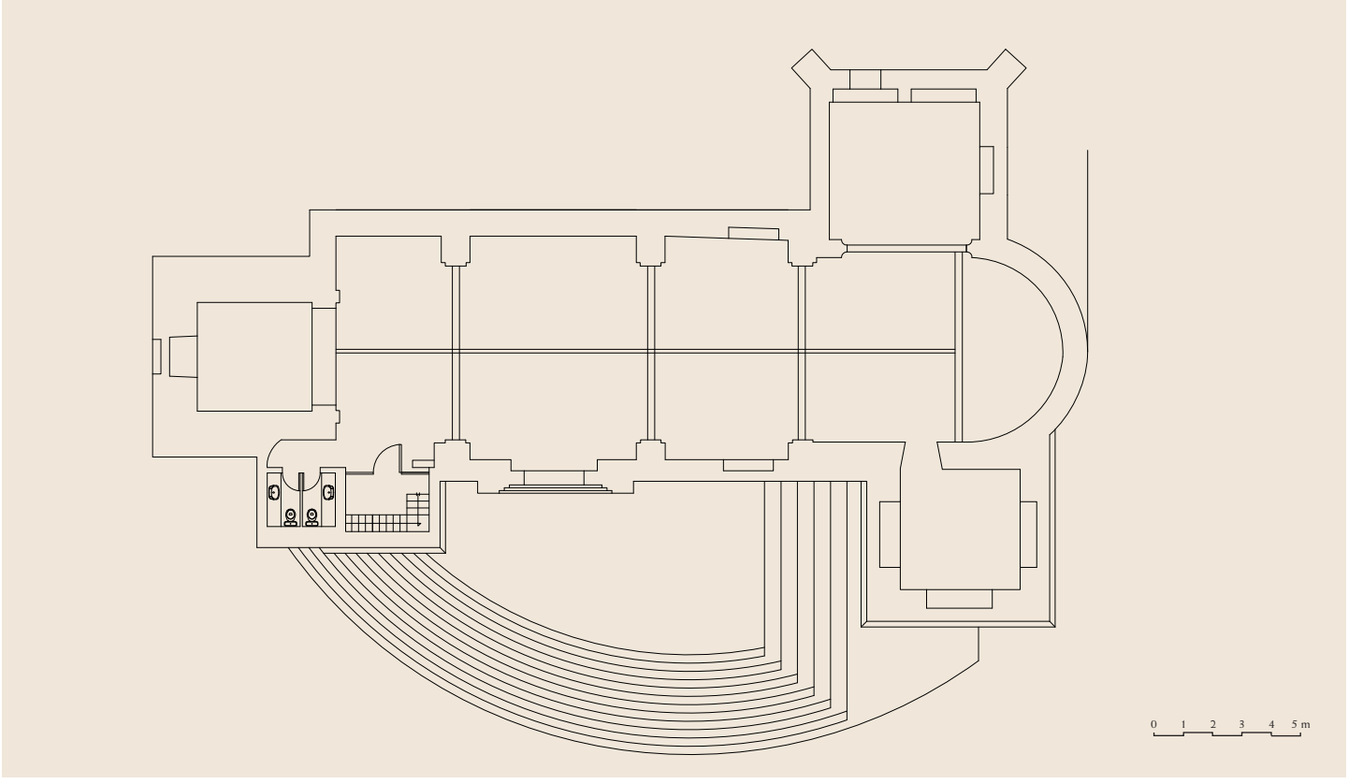
Iglesia de Santo Domingo de Silos

PARA ACCEDER A ELLA, hay que atravesar todo el pueblo en dirección norte, o bien continuar la muralla más meridional en recorrido Este-Oeste, ya que la iglesia forma parte de dicha barrera. De hecho, tras pasar por la calle Capitán Julio Poveda, se encuentra la plaza que lleva su nombre (plaza de Santo Domingo) y por ende la iglesia. Al final de dicha calle queda el ayuntamiento, la iglesia de San Juan Bautista y la Casa-Palacio de los Castañeda, en un cuadrilátero perfecto que toma por nombre la Plaza de Don Juan Manuel.

Aunque actualmente está convertida en auditorio y sala de exposiciones, la iglesia de Santo Domingo todavía conserva los rasgos distintivos de su original románico, aunque también cuenta con añadidos posteriores. La construcción inercial se componía de una única nave con ábside de semicircular, con resalte de esquina entre ambos. La portada se inscribe en el muro sur, ya que, además de ser la orientación habitual, era imposible situarla en la otra fachada (ya que aquí se encuentra parte del barranco en el que termina la muralla).

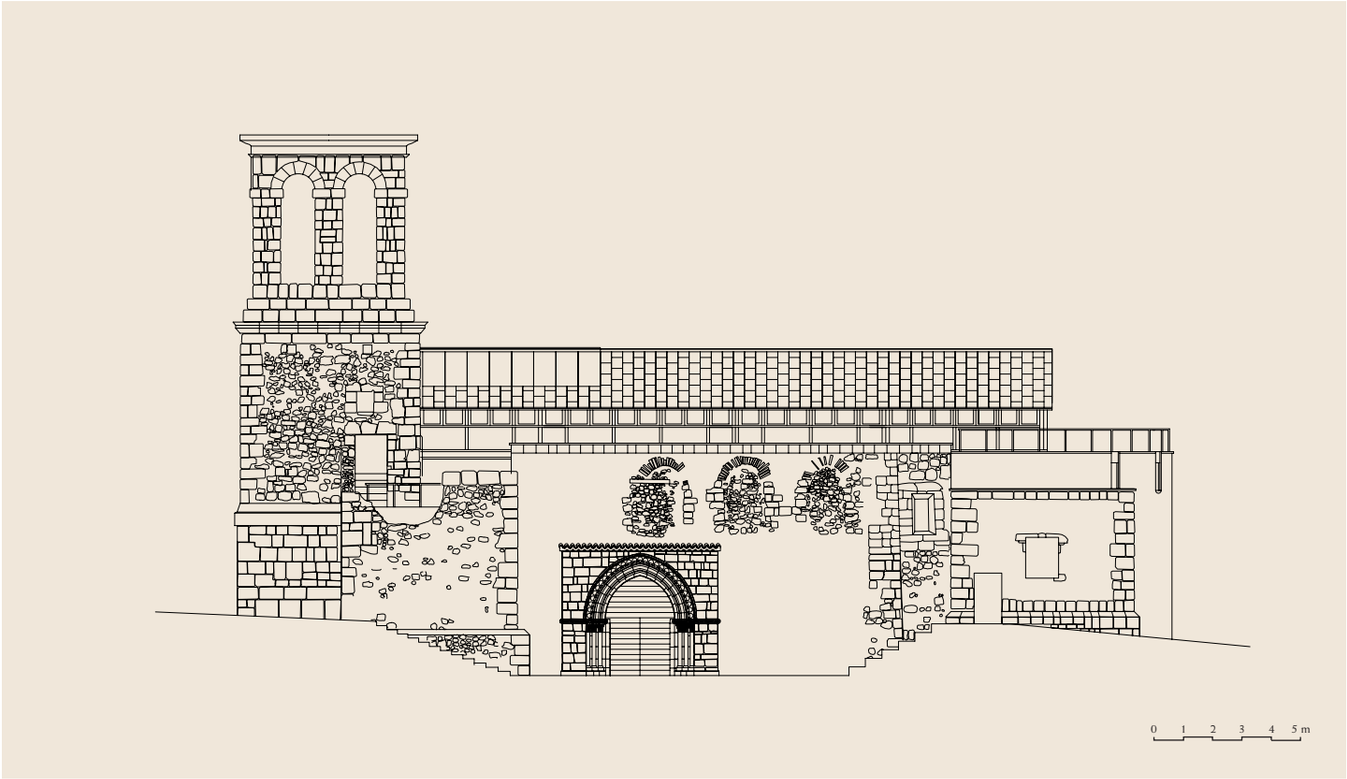
También cuenta con torre a los pies, que seguramente sustituiría a la espadaña original, pero es uno más de los cuerpos añadidos con posterioridad, al igual que los destinados a capillas en el muro sur y en el norte. Dicha torre está formada por tres cuerpos, encontrando en las caras del superior dos huecos con arcos de medio punto para las campanas. Como es habitual, el edificio se construye en mampostería con refuerzos de sillar en las esquinas, aunque aquí también los encontramos en la portada y en la torre.

Portada



Planta

Alzado sur



Detalle de la portada

De lo poco original que se ha podido conservar encontramos el muro sur, que alberga la única portada del templo. La puerta se halla flanqueada por la torre y por el habitáculo de capilla añadido en los siglos XIV-XV. Aunque románica, debido a su insinuado abocinamiento nos traslada a una época en la que el protogótico va haciendo su aparición en la provincia con la mejor tradición cisterciense.

En dicho muro todavía se puede apreciar la existencia de tres huecos de ventana resueltos mediante arco de medio punto, pero que hoy en día permanecen cegados, al igual que una pequeña ventana abocinada (de construcción posterior) al final del muro de la derecha del espectador.

Como anteriormente se comentó, la puerta se halla incrustada sobre un cuerpo de sillar, que es el mismo que le produce su abocinamiento. Ésta se resuelve mediante tres arquivoltas apuntadas formadas por escocias y cordones, con un recercado exterior decorado mediante el uso de puntas de diamantes. Dichas arquivoltas descansan en columnas de capitel vegetal de decoración incisa, de las que desgraciadamente se han perdido, casi por completo, sus basas. Según Nieto Taberné, "presenta una decoración muy semejante a la de Arcas o las estudiadas en el Campichuelo, mientras que un recercado idéntico lo encontramos en la ventana absidial de la iglesia de Fuentes".

En cuanto a su interior, desgraciadamente ha perdido la cubierta y bóvedas originales, que han sido sustituidas por una estructura de cerchas de madera y unos impresionantes ventanales que dotan al conjunto de una luminosidad excepcional. Aún así, se puede adivinar su nave original, que estaría dividida mediante arcos de medio punto en cuatro tramos.

En la zona del presbiterio podemos encontrar, enfrentadas entre sí, dos capillas, la del muro sur, cerrada actualmente, y la del muro norte, resuelta mediante una cubierta de bóveda nervada de sillar. Por otro lado el ábside todavía conserva, en el centro del tambor, una pequeña ventana abocinada, totalmente cegada. Por último, a los pies de la iglesia, encontramos una capilla que se abre a la nave mediante arco de medio punto y está cubierta mediante cúpula sobre pechinas.

Ermita de Nuestra Señora de la Orden

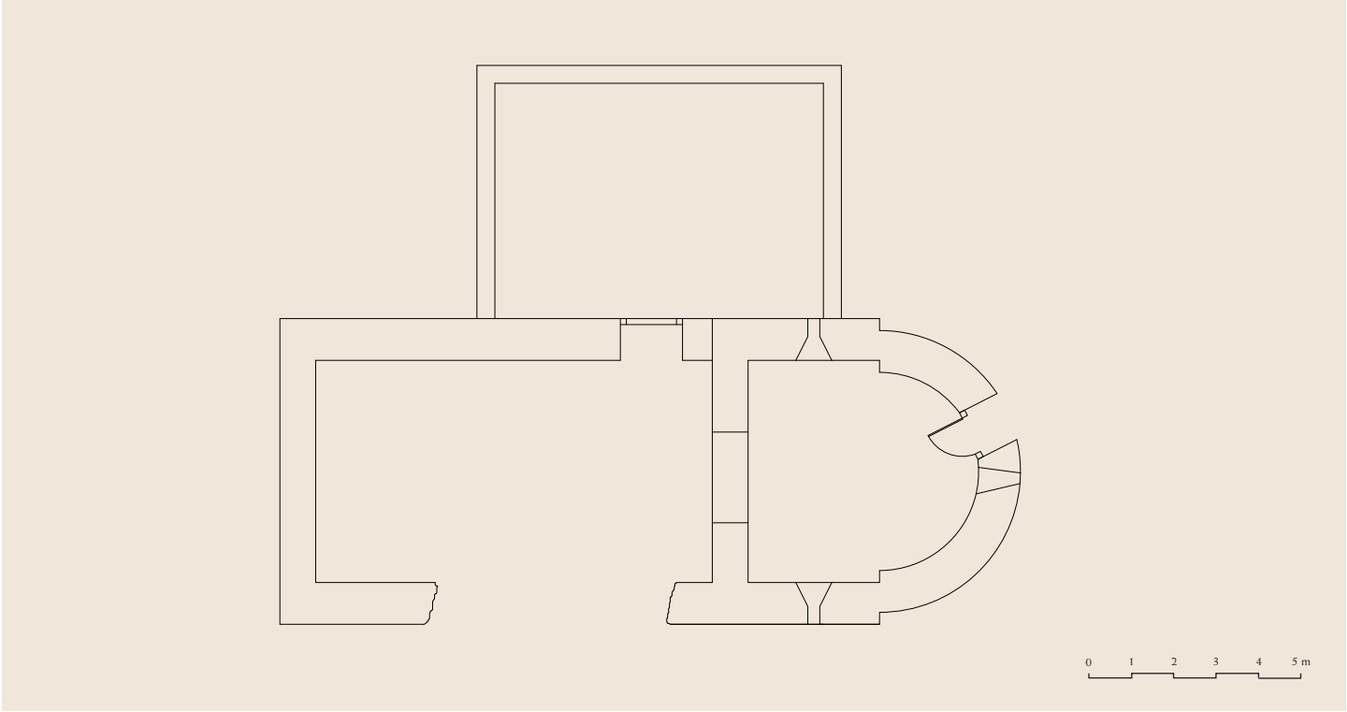
SIGUIENDO LA CARRETERA QUE conduce hasta el pueblo, a la postre única vía de acceso a la villa, por la calle Santa Trinidad, se llega hasta un pequeño parking habilitado para autocares y turismos. Desde aquí y en dirección sur, unos escasos cien metros nos separan de nuestra nueva iglesia de origen románico.

La ermita, actualmente iglesia-panteón del camposanto, perdió su culto hace siglos; sin embargo, todavía conserva algunos de sus elementos originales. Como se citó en la introducción, en 1193 la villa pasó a manos de la Orden de Santiago, y bajo esta disyuntiva nacería la ermita, ya que en un principio pasó a formar parte de un antiguo hospital de peregrinos. Las noticias nos hablan de que estaría terminada a finales del siglo XII (1195) y tanto el hospital como la iglesia realizaron su función a partir del año 1205. Según Nieto Taberné fueron la decadencia estratégica y el paulatino despoblamiento de Alarcón lo que produjo el abandono del culto en esta iglesia, su deterioro y la posterior utilización, desde el año 1834, como capilla del cementerio.

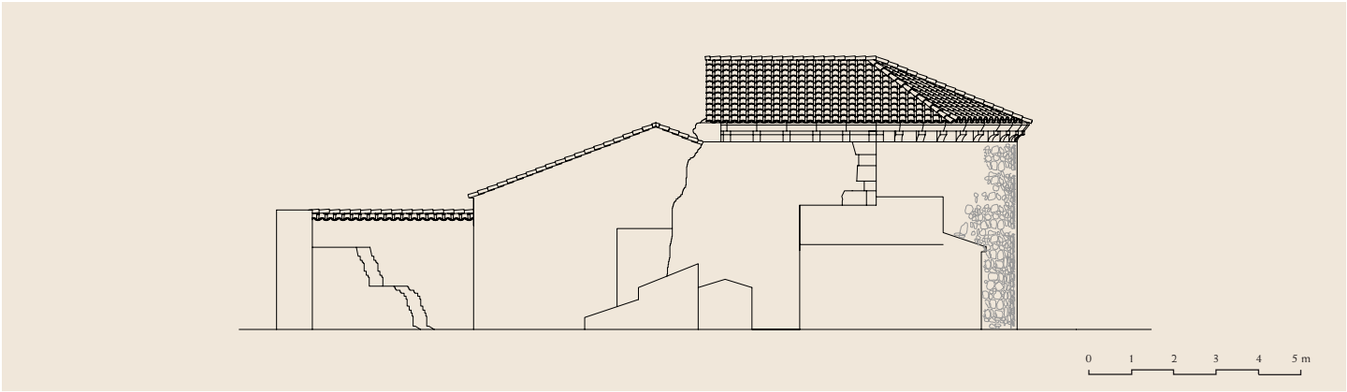
Partiendo de esta base, el actual camposanto acoge los restos de la primitiva iglesia románica, de la cual todavía se conserva el ábside semicircular, el presbiterio y parte de los muros de la nave. Así mismo, el edificio contaría con dos portadas de acceso enfrentadas, mientras que es difícil determinar si originalmente pudo tener espadaña.

Aún así, el edificio se realiza en mampostería con refuerzos de sillar en las esquinas, y su cubrición se resuelve mediante el uso de teja cerámica curva. Bajo éstas se hallan restos de canecillos cóncavos y frente rectangular. Cabe destacar dos, existentes en el presbiterio, que cuentan con decoración antropomorfa (muy similares a los hallados en la iglesia de Albalate de las Nogueras) y conservan perfectamente la figura completa. Bajo la citada

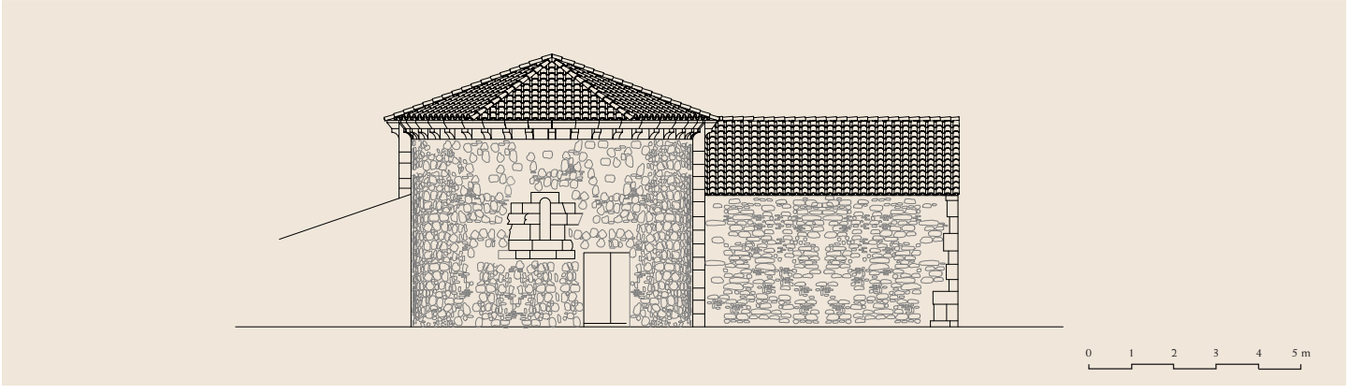
Exterior



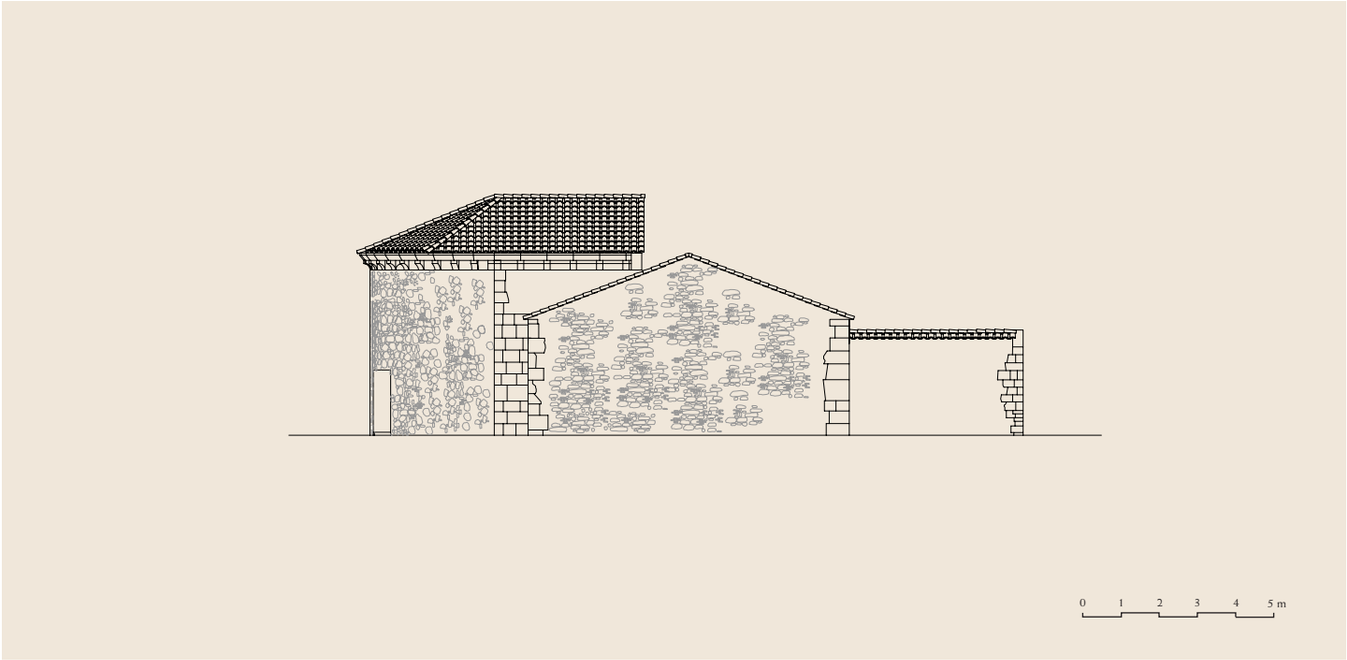
Planta



Alzado sur



Alzado este



Alzado norte

Detalle del ábside

línea de canecillos encontramos sendas ventanas abocinadas, una en el cuerpo del ábside y otra más en el paramento norte del presbiterio; esta última se encuentra oculta debido al cuerpo adosado posteriormente y actualmente usado como panteón.

Como vemos, la reutilización de los elementos originales es costumbre en todo el edificio, así, apoyando teorías de otros autores (como Nieto Taberné o Monedero Bermejo), creemos que la portada original es la existente hoy en día como puerta de acceso al panteón privado, adosado al presbiterio de la iglesia. La puerta se resuelve mediante arco apuntado con un par de arquivoltas que apoyan sobre pilares, y cuya decoración cuenta con cintas onduladas entrelazadas separadas entre sí por decoración de puntas de diamantes.

En cuanto al interior, los pocos restos existentes nos indican que el presbiterio fue cubierto con un artesonado de madera de par e hilera, y el pequeño ábside mediante un techo falso de yeso. El acceso actual se realiza por este último elemento, por una puerta situada bajo la citada ventada abocinada.

Por último, y como ratificación de la reutilización de algunos elementos constructivos, en la propia tapia del cementerio, aparte de trozos de cornisa y sillares, encontramos, en el esquinazo sur del camposanto, un sillar labrado en altorrelieve con una cabeza, que, en palabras de Monedero Bermejo, "es semejante a las que adornan las ventanas del claristorio de la nave mayor de la catedral de Cuenca, ejecutada, acaso, por el mismo maestro, o al menos inspirada de ellos. La finura de la labra y el tratamiento del cabello y las facciones es prácticamente igual. Es pieza que puede datarse a mediados del siglo XIII".

Texto y fotos: IACG - Planos: ALP/AMV

Puente de Tébar o del Henchidero

ENTRE LOS ELEMENTOS de más difícil valoración cronológica se hallan los puentes, tanto por el escaso empleo en su construcción de elementos artísticos que nos permitan adscribirle a un estilo, como por las continuas renovaciones que han sufrido a lo largo de su existencia. En Cuenca hemos tratado de revisar todos aquellos que podían remontarse a época medieval, con la esperanza de identificar alguno cuya cronología pudiera alcanzar los momentos románicos. Así se han analizado el llamado "Puente romano" de Poyatos, situado en medio del monte en un arroyo que desemboca inmediatamente en el río Escabas; el de Allende, en Priego, también sobre el Escabas; el del Nogueral en Albalate de las Nogueras, sobre el río Trabaque; el de tres arcos que salva el río Rus en San Clemente; el de Cristinas, en Pajaroncillo, sobre el Cabriel; el bien conocido "Puente del Castellar", sobre el Júcar, en el límite entre los términos de Fresneda de Altarejos y La Parra de las Vegas; el que se encuentra en Fuentes, sobre el río Moscas; el que llaman "La Puente", según la forma antigua, que está en Boniches, sobre el río Cabriel, y, por último, los dos que salvan el río Júcar en Alarcón, conocidos como "Puente de Tébar" y "Puente del Picazo". A todos ellos hay que sumar también el reconocimiento de la "Fuente Vieja" de Zafrilla, que algunos autores remontan a la Edad Media, cuando no a tiempos romanos.

El más problemático de todos ellos, en principio, es el de Poyatos pues, debido a su sencillez constructiva, de un solo arco de medio punto, con ligero peralte central y apenas con dos metros de anchura, no muestra elementos característicos de ninguna época. Es de pobre mampostería, con las aristas del arco hechas a base de sillares de piedra de toba, lo que tampoco permite el reconocimiento de señales del trabajo de cantería, uno de los argumentos que nos sirven para adscribir muchas veces la cronología. Incluso parece que estos sillares han sido reutilizados, bien de una etapa anterior, bien de otro edificio, pues en el interior de la rosca hemos creído ver igualmente una pieza que puede ser dovela. En todo caso hay que destacar su endeblez constructiva, que apenas emplea argamasa para trabar las piedras, lo cual, unido a su fragilidad o escasa solidez, nos obliga a albergar muchas dudas de que haya aguantado indemne el paso de los siglos, cuando otros puentes muchos más sólidos han sufrido continuas reparaciones, a veces integrales, debido a la fuerza destructiva de muchas avenidas. Dudamos por tanto incluso de su adscripción medieval, aunque por todo lo manifestado tampoco podemos desechar categóricamente esa cronología, si bien tampoco hay rasgo alguno que nos haga situarlo precisamente en época románica.

Sobre los demás puentes los datos derivados de su observación –que no aportados por la bibliografía– son algo más precisos y, salvo el Puente de Tébar en Alarcón, ninguno de ellos, al menos de lo que conservan actualmente, podemos situarlos en los siglos románicos, ni siquiera como posible origen. Algunos sí se remontan a la Edad Media, pero ya en época gótica, incluso muy tardía.

Puente de Poyatos

Es lo que ocurre con los de San Clemente, Priego, Pajaroncillo, muy probablemente con el de Albalate de las Nogueras e incluso también con el del Castellar, aunque en la mayoría de ellos las reformas posteriores son muy profundas. El que se halla sobre el río Rus, en San Clemente, presenta en sus tres ojos de medio punto grandes sillares de época gótica, que en algunos casos llegan a portar marca de cantero en forma de O, y parece que conserva en buena medida la factura bajomedieval. El de Allende, a los pies de Priego, alomado, de un solo arco ligeramente apuntado, está levantado fundamentalmente con sillares góticos, sufriendo una profunda reforma hacia el siglo XVII, como evidencia el listel plano que recorre la base del pretil, elemento característicamente barroco. El llamado Puente de Cristinas, en Pajaroncillo, de dos ojos de arcos rebajados, separados por tajamares, es igualmente de construcción gótica, como denuncia la labra de los sillares, que en este caso hay que llevar además a una época ya muy tardía, dentro del siglo XVI, como data una inscripción situada en el tajamar aguas arriba y que habla de su construcción, aunque lamentablemente los dos últimos números de la fecha están ilegibles. Tal vez de origen medieval sea igualmente el del Nogueral, en Albalate de las Nogueras, de dos arcos, con ligero peralte central, con tajamar triangular aguas arriba y careciendo de él aguas abajo, una obra realizada en mampostería y sillería de toba que no deja ver las marcas de talla, aunque algún sillar muestra trabajo característico de época barroca, lo que nos hace pensar que, dada la unidad de la fábrica actual, al menos fue renovado profundamente hacia el siglo XVII. Y algo similar se puede decir del Puente del Castellar, uno de los más bellos de toda la provincia, levantado en mampostería caliza y sillería arenisca, formado por dos ojos de medio punto de luz muy desigual y con un aire marcadamente medieval, debido al acusado peralte. Sin embargo no hay elemento alguno de su actual construcción que nos haga llevarlo, no ya a época románica, sino ni siquiera a la gótica, y sí algunos rasgos que nos hacen pensar en una cronología del siglo XVII, como son el formato de los tajamares, que conforman en la parte superior apartaderos poligonales, el listel plano que recorre la base de pretil y que, como ya hemos dicho, es un elemento barroco, y especialmente el sistema de talla de los sillares, que coincide plenamente con esa cronología barroca. No obstante, un par de hiladas en la base de la cepa izquierda del ojo central, aguas arriba, parecen mostrar otro formato, constituyendo tal vez los únicos residuos de una obra anterior, para la cual, sin embargo, tampoco tenemos argumentos de cronología románica.

Claramente postmedievales son los de Fuentes y Boniches. El primero, con dos arcos de medio punto y ligerísimo peralte central, puede datarse completamente también hacia el siglo XVII, tanto por la traza, como por la forma de los tajamares, como por la talla de los sillares. El de Boniches, al que una riada producida hacia el año 1942 dejó con un solo arco, creemos que puede ser más bien del siglo XVIII e incluso de principios del XIX, por la forma almohadillada de sus sillares de arenisca roja.

De época barroca es sin duda también la Fuente Vieja de Zafrilla, en forma de templete, de poca profundidad y construida a base de grandes sillares de caliza blanca que evidencian un trabajo seguramente del siglo XVIII, o como muy antiguo de la centuria anterior. La larga tradición de este tipo de fuentes, a muchas de las cuales se les asigna cronología romana –a veces sin mayores apoyos que la tradición–, pero cuyo formato aparece también en época medieval y moderna, complica su identificación, aunque en este caso la reducida profundidad del templete y sobre todo el trabajo del instrumental de talla no dejan lugar a dudas.

Tras este largo pero necesario repaso a las construcciones conquenses relacionadas con el agua y que se han supuesto de posible origen románico o al menos medieval, nos vamos a centrar en los dos puentes que se hallan sobre el río Júcar en Alarcón, las dos piezas más interesantes para nuestro trabajo. El llamado Puente de Tébar, de Cañavate o del Henchidero, se dispone al pie de la villa fortificada, en su flanco norte, mientras que el del Picazo se encuentra en el lado contrario, constituyendo pasos obligados, muy bien defendidos, para la entrada y la salida de la población, en un punto donde el discurso encajado del Júcar los convierte en construcciones de gran valor estratégico. Situada la villa hoy al margen de cualquier vía de comunicación moderna, fue sin embargo a lo largo de muchos siglos un enclave fundamental en las comunicaciones desde el Mediterráneo hacia el centro de la Península, enlazando aquí con los caminos que se dirigían o procedían del sur granadino y los que llevaban hacia el Norte, a Cuenca y de ahí hacia tierras de Zaragoza. Relegadas totalmente estas rutas como grandes itinerarios, se mantuvieron aún como cañadas ganaderas, para finalmente ceder a la importancia de otras alternativas, lo que provocó en consecuencia el gran declive de Alarcón, reducida hoy a villa netamente turística.

El Puente de Tébar se asienta sobre la roca natural caliza y su construcción en realidad es sumamente sencilla, formado por un gran arco de medio punto –bastante deformado–, el único elemento de sillería, siendo el resto de la fábrica de mampostería, toda de piedra caliza. Llama la atención que tenga tablero plano, frente a la estampa habitual de los puentes medievales, característicamente alomados, aunque en este caso es comprensible su estructura puesto que al asentarse sobre unos riscos, éstos le posibilitan estar lo suficientemente alto como para evitar las grandes riadas y el paso puede hacerse mucho más sencillo en forma horizontal, compensando los desniveles con una gran estructura maciza que conforma los riñones del arco y que, además, aporta gran solidez constructiva, aunque perdiendo el aire liviano de muchos de los puentes medievales. La roca fue recortada para facilitar el asiento de los primeros sillares, que quedan bastante alejados del agua, y en el lado aguas arriba muestra un gran arco de descarga, de sillarejo, que contribuye a su robustez y que es un elemento bastante extraño en este tipo de obras. No se ve, sin embargo, en el lado aguas abajo, pero esta circunstancia bien puede deberse a que todo ese flanco se aprecia muy renovado, como también lo está el conjunto del pretil y la calzada, aunque en el lado en que el camino se aleja del puente y de Alarcón se aprecia claramente la roca recortada y acondicionada para el tránsito.

La falta de elementos ornamentales característicos nos hace recurrir una vez más al trabajo de los sillares para datar la fábrica de este puente, comprobándose el uso de la escoda de filo liso, instrumento típico de la construcción románica. Creemos por tanto que estamos ante el único puente de esa época de la provincia de Cuenca, que bien pudo levantarse inmediatamente después de la toma de Alarcón por Alfonso VIII en 1184, aunque sin duda sustituiría a otro anterior –que levantarían los árabes– y que sufriría enormemente durante la conquista de la plaza. La consideración de paso estratégico estuvo implícita desde ese mismo momento en el hecho de que este paso no sólo quedó protegido por las murallas y el castillo de Alarcón, sino por un conjunto de torres como la del Cañavate, la de los Alarconcillos y la del Campo, que controlan permanentemente el tránsito de viajeros, ganados, mercancías o tropas. Su buen asiento, su enorme solidez, su estrecha custodia y su continuo mantenimiento, al hallarse en un paso muy transitado, pueden explicar que se haya mantenido hasta nuestros días con algunas reformas, como la del lado occidental, para la que sin embargo tampoco podemos precisar fecha. También el hecho de que la villa quedara relegada desde muy pronto como plaza militar estratégica, evitó la destrucción del puente en sucesivos conflictos de tiempos más modernos.

El Puente del Picazo se levanta al otro extremo del recodo que describe el Júcar en torno a Alarcón, sobre un paraje similar de farallones rocosos entre los que discurre el agua y que sirven de asiento a la obra. Su estampa es muy

Puente de Tébar, aguas arriba

Puente de Tébar, aguas abajo

Puente del Picazo, aguas arriba

similar a la del puente anterior, con un gran arco ligeramente apuntado –aunque en este caso doblado–, tablero plano impuesto por la topografía, con la misma robustez y sencillez y empleando igualmente mampostería caliza en toda la fábrica salvo en el arco, que es de sillería. Igualmente la base de roca ha sido recortada para el asiento de los sillares, aunque en esta ocasión se aprecia una gran reforma que afectó a toda la parte superior del puente, aunque no llegó a incidir en el arco. A pesar de las dificultades de acceder hasta la base, hemos podido comprobar que en la construcción se emplearon sillares trabajados con escoda dentada, lo que nos lleva ya a una cronología gótica, aunque también hemos podido constatar la existencia de algún sillar románico hecho con escoda lisa y que en un caso al menos presenta una posible marca de cantero en forma de cinco líneas rectas paralelas. Otra marca, en forma de flecha, se encuentra en un sillar gótico.

El enorme parecido de este puente con el anterior, en principio, haría pensar en la misma cronología, pero el uso de distinto instrumental indica que hay un lapso de tiempo en el que los canteros han evolucionado, coincidiendo con el tránsito del románico al gótico. Es muy posible que entre ambos puentes no medien más de dos, tres o cuatro décadas, pero esa evolución se constata muy bien, a pesar de que se mantienen las mismas fórmulas constructivas. Así pues, entendemos que en primer lugar se erigió el Puente de Tébar, quizás a finales del siglo XII o incluso en los primeros años del XIII, todavía en un ambiente donde los canteros siguen empleando el utillaje de época románica, y que unos años después se levantó el Puente del Picazo, cuando muchos trabajadores ya habían incorporado un nuevo instrumental, el mismo que se aplicará a lo largo de los siglos góticos. Ambas construcciones son casi idénticas, pero el cambio, aunque sutil, quedó registrado.

Texto y fotos: JNG

Bibliografía

DÍAZ IBÁÑEZ, J., 2002, pp. 411-417; GIMÉNEZ DE AGUILAR, J., 1995, pp. 140-143; IBÁÑEZ MARTÍNEZ. P. M., 1997, pp. 83-87; LARA BLÁZQUEZ, P. y MASA CABRERO, F., 1990, pp. 41-43; LARRAÑAGA MENDÍA, J., 1990, pp. 364-365; MADOZ, P., 1845-1850 (1987), I, pp. 194-195; MONEDERO BERMEJO, M. A., 1982, pp. 115-121; NIETO TABERNÉ, T., ALEGRE CARVAJAL, E. y EMBID GARCÍA, M. A., 1994, pp. 161-174; RICA, C. de la, 1986b, pp. 120-121; RODRÍGUEZ ZAPATA, J. L., 1992, pp. 29-39; RODRÍGUEZ ZAPATA, J. L., 1993, pp. 27-34; ROMERO M., 2008, pp. 15-23; SAIZ, S. y MARTÍNEZ, A. (coord.), 1987, I, pp. 3-8; SALAS PARRILLA, M., 1997, pp. 4-40; SANZ SERRANO, A., 1960, pp. 173-176.